

Acción humana y economía

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Pamplona

2012

Las contradicciones del individualismo metodológico

El dualismo individuo sociedad

Un individuo aislado autosuficiente, capaz de ordenar de modo lógico consistente y completo sus preferencias. La idea de que tiene el fin en sí mismo y que puede alcanzarlo con sus propias fuerzas. La anulación del misterio humano, el hombre puede vivir, construir un orden social, como si Dios no existiera. La desaparición del misterio de la naturaleza.

La persona es relación con Dios. El hombre es persona porque está abierto a la relación con Dios. Esa relación se realiza con los otros hombres. El hombre es por definición hijom

La conciencia de los otros, de que tiene que pactar para conseguir su fin, los otros lo pueden impedir. El contrato como un modo de evitarse. Un modo de evitar la interacción.

El problema del fin, de la continua apertura de los fines, de la apertura de nuevos horizontes.

La idea del equilibrio como un modo de hacer compatible la acción de los individuos.

La epistemología como “ciencia cognitiva” destinada a estudiar los “procesos de producción de conocimiento”, la interacción de la computadora con el organismo humano.

Las “máquinas de producción de conocimiento” son estructuras que se modifican con sus propios resultados, alcanzados en su interacción con un entorno siempre cambiante. Son máquinas capaces de “aprender”, de acumular el “conocimiento”, de incrementar su potencia de procesamiento, transformándose ellas mismas y sus entornos en “beneficio propio”. Esto explica que la “ciencia cognitiva” preste mucha atención al problema de la dualidad “máquina-entorno”, núcleo de los procesos de interacción, que es clave para entender qué sentido tiene la “identidad” de una “máquina productora de información”.

La “ciencia cognitiva” ha dado lugar a la idea de individuos como mecanismos, autómatas que aprenden en interacción con el medio. En tal caso, lo importante es estudiar cómo ese “mecanismo” es capaz de construir representaciones del medio en que se desenvuelve, y por supuesto de su propia estructura.

Este empeño es un intento de resolver el dualismo cartesiano. En cualquier caso, si solo se admite como real lo que pueda ser simulado mediante una “máquina”, esta última, queda convertida en el fundamento de todos los objetos y procesos cognoscibles. De ese modo el dualismo es llevado a su extremo.

Debajo de la “ciencia cognitiva” permanecen inalterables los principios de la epistemología kantiana. Se siguen dando por supuestas representaciones de un mundo externo, mejorables en función de la información disponible. Persiste la idea de que el análisis del proceso de elaboración de esas representaciones es la única garantía posible de la certeza y el rigor del conocimiento. Se sigue buscando la elaboración de “programas” que permiten hacer “representaciones” más útiles de la realidad. Permanece la vieja idea cartesiana de un *humúnculo* que, “como fantasma en el seno de la máquina”, es el único capaz de saltar desde lo procesal a la visión.

Se puede decir que con la aparición de la “ciencia cognitiva” se hizo todavía más radical el giro reflexivo que desde sus inicios ha caracterizado al racionalismo moderno. Se ha agudizado la sospecha de que hay algo oscuro “ahí fuera”, en la periferia de cada sujeto, de donde brotan la perturbación, la interferencia y el error. Se ha agudizado el espíritu de sospecha frente a la realidad, ante la que se requiere la máxima alerta, la tensa vigilancia, para evitar ser engañados por la malicia de ese “genio maligno” que se oculta detrás del velo de los sentidos.

“la realidad” ha quedado reducida a una compleja “máquina” que aprende y evoluciona, que se encamina hacia algún lado, aunque no se sabe muy bien si tiene algún destino. Algo que plantea no pocos problemas sobre el sentido del orden y del desorden, del equilibrio y del desequilibrio, de la aleatoriedad, y sobre todo de la dirección de la flecha del tiempo.

El reflejo de todo esto en el ámbito de la economía ha sido que el mercado ha pasado a ser entendido como un proceso global de interacción de individuos que se comportan como

procesadores de información, como servomecanismos. Se ha dado lugar a una visión holista y mecanicista, al mismo tiempo, que se pone en grave riesgo no sólo la identidad de esos supuestos sujetos, sino su supuesta humanidad.

El problema del equilibrio de las expectativas

El individuo como procesador de información

El individuo como “máquina” de conocimiento, como procesador de información, que podía desenvolverse en un entorno de incertidumbre, pasaría a ser el fundamento de la nueva “microeconomía”.

El modelo del equilibrio general de la economía volvería a ser planteado como una red de individuos que no cesan de procesar la información que se genera mediante la continua interacción entre ellos. La economía vendría a ser un gigantesco proceso en evolución que genera sus propias reglas, o lo que es lo mismo, su propia inteligencia. La teoría económica sería entonces la “ciencia artificial del proceso total”, el estudio de la respuesta del cerebro humano a su entorno.

Dicho de modo muy general y abstracto, desde este nuevo enfoque la finalidad de la teoría económica sería construir una “máquina universal de Turing” que permitiese simular todo tipo de conducta humana racional. Dando por supuesto que la racionalidad de una conducta se reduce a la estructura del “programa” que la simula.

Planteadas las cosas así no habría posibilidad de distinción entre una actividad práctica – como montar en bicicleta, por ejemplo- y un “programa” que permita simular esa actividad. Tampoco es posible distinguir entre naturaleza y sociedad, ni entre lo subjetivo y lo objetivo. Se habría alcanzado una nueva y definitiva psicología científica positiva, más allá del dualismo cartesiano.

Pronto se pondría de manifiesto que no era posible que un programa -un conjunto de reglas algorítmicas- fuera capaz de simular una conducta humana. Cómo ya había señalado Wittgenstein, el criterio para aplicar reglas no pueden ser otras reglas. En toda actividad humana hay un momento interpretativo que otorga sentido y que constituye lo operativo en actividad, algo que de ningún modo puede ser resultado de la aplicación de una regla. Se produce un “salto” desde lo procesal a la visión, desde el razonamiento a la visión, que no está al alcance de lo meramente algorítmico.

Las leyes de las ciencias son universales y atemporales en la medida en que tratan a las cosas como experiencia, como “ocurridas”, con un sentido fijado para siempre. Eso explica que las máquinas -materialización de leyes científicas- sean incapaces de relacionarse con los hombres. No están “en presente” -no tienen intimidad- no pueden involucrarse en situaciones humanas.

Las partes de una máquina son un “dato”, su sentido ha sido fijado de modo definitivo por medio de reglas precisas e invariables que las definen. Eso explica que una máquina pueda simular un tipo muy simple de entendimiento teórico, el sometido a reglas, como sumar o

restar, pero nunca puede dar el “salto” que las sitúe fuera de lo procesal. Las máquinas son existencialmente estúpidas, incapaces de enfrentarse con situaciones inespecíficas. Parece que ven, pero son ciegas, no son más que el proceso para el que han sido programadas.

Predicción y expectativas

El hombre no se relaciona sólo de modo analítico procesal con su mundo -que sería lo propio de una máquina- sino con el conjunto de cosas que le envuelven, a las que dota de unidad y sentido. Además, la información no es algo neutral y objetivo, sino que adquiere su sentido -se hace conocimiento- según las circunstancias subjetivas de cada individuo, de su modo de estar en el mundo, algo que depende de ese trasfondo que se sitúa más allá del de lo consciente, que no puede ser explicado totalmente, y que cada uno configura y dota de sentido.

La toma de decisión requiere de ciertos contextos de acción en los que es posible identificar determinados fines, remite a lo extralingüístico, a lo no perfectamente formalizable. Una decisión no puede quedar reducida a la simple aplicación de reglas fijas bien determinadas. Ninguna decisión se limita a repetir un patrón fijo y bien establecido. Por mucho que se repita, conlleva la inevitable novedad de la acción, el aprendizaje, positivo o negativo, transformación del propio sujeto, sin lo cual sólo habría pura repetición, que es lo que hace que una máquina nunca pueda “decidir”.

La acción humana nunca es pasiva, implica un cambio en la constitución del mismo sujeto, algo que le modifica de manera singular e irrepetible, y adquiere una nueva visión de su propia identidad, y de los que le rodean. Esto es así, porque sólo se puede actuar en un mundo de relaciones y lenguajes, en otras palabras, desde un mundo interior, del que nunca se puede ser plenamente consciente. Actuar supone algún modo de compartir la vida, ser sujeto de una multitud de relaciones, que no tienen un solo autor.

Tiempo y coordinación de expectativas

Un equilibrio es un estado, una concepción consistente o estática de la racionalidad, se exige que la velocidad de formación de precios -de transmisión de información- sea infinita.

Suponer velocidad infinita en la formación de los precios implica situarse fuera del tiempo, en el plano de la lógica abstracta, asegurar así la existencia de un único estado de equilibrio, un “punto fijo”, como luego establecería Nash.

Los llamados “nuevos keynesianos” -pues comparten la crítica de Keynes al *laissez faire*- sostienen que en la economía hay una tendencia al equilibrio, pero con velocidad finita, dentro del tiempo, de modo que es posible observar situaciones de desequilibrios, o fallos de coordinación a gran escala, al mismo tiempo sostienen que los individuos siguen una conducta racional. Una postura que plantea no pocas preguntas a las que no dan adecuada respuesta. ¿Son compatible una tendencia con un estado de equilibrio? ¿Si la racionalidad sigue siendo de

consistencia ordenada de sucesos conocidos cómo es compatible con la ausencia de información perfecta e instantánea?

Para estos autores la inercia o retraso en la formación de los precios tiene que ver con la estructura monetaria de la producción, de modo más concreto con el comportamiento del mercado laboral, determinante fundamental de la oferta agregada. Puede suceder, por ejemplo, que el nivel de saldos monetarios no fuese el resultado agregado de la decisión óptima, como sostenían los modelos de “equilibrio general”, sino resultado de una decisión “sub-óptima”; que en principio no se puede incorporar a ningún tipo de modelo formal.

Las empresas actúan en marcos de competencia imperfecta, de tal modo que fijan sus propios precios, y aceptan la cantidad vendida como restricción impuesta por el mercado. En tal caso, la causa de la inercia en la formación de los precios se debería a la aversión al riesgo propio del modo de proceder de las empresas. La presencia de incertidumbre crea una asimetría informativa que impide la perfección de los mercados financieros, y hace muy difícil que las empresas puedan lograr la adecuada financiación, mediante la emisión de acciones. Esto las obliga a financiarse con crédito, que debido a su rigidez las hace más vulnerables a las crisis. Se ven por tanto obligadas a tomar decisiones sub-óptimas que no contribuyen al logro o mantenimiento del pleno empleo.

Los individuos no serían ni “tomadores de precios”, como en el modelo de Walras, ni “aceptadores de una estructura teórica” como en el modelo de Lucas, sino “formadores de precios”, como suponían Marshall y Keynes. La economía es una realidad procesal muy compleja, con competencia imperfecta, mercados “borrosos” o incompletos, con mano de obra no homogénea, con información parcial y asimétrica. En su seno puede darse una falta de proporcionalidad general entre la oferta y la demanda, entre el ahorro y la inversión, atribuible, en último término, a las fluctuaciones en el ingreso monetario previsto por los individuos.

Si los “nuevos keynesianos” admiten una racionalidad que puede operar fuera de la situación de equilibrio. ¿Qué entienden entonces por “conducta racional”? La respuesta no es sencilla, pues adoptan una postura metodológica muy complicada, de algún modo insostenible. Pretenden estudiar el equilibrio desde el desequilibrio, y la conducta plenamente racional, desde la que se supone no lo es.

Su objetivo principal es explicar la estructura interna del proceso de formación de los precios, con el fin de detectar donde reside el “fallo” que impide que ese proceso se pueda llevar a cabo con velocidad infinita. Un planteamiento que no es coherente, pues no proporcionan justificación alguna de por qué esa velocidad tiene que ser infinita. De modo implícito se da por supuesto que la única racionalidad posible sería la ligada a una lógica instantánea o atemporal, por lo que niegan que sea racional la conducta observable.

De la teoría a la práctica de los juegos

“Conocimiento común” y “vida en común”

En la llamada “teoría de juegos”, tanto Neumann, como Nash, partían de una racionalidad estática estocástica, un abstracto conocimiento común”, no procesal, un conjunto ordenado de todas las decisiones posibles de todos los jugadores. Un planteamiento que ignoraba la existencia de una previa vida en común, de donde brota todo posible conocimiento compartido. La única ventaja de este planteamiento era que aseguraba la existencia teórica de una solución óptima, pero renunciaba a explicar como efectivamente se podría lograr un juego que llevara a la estabilidad social.

Desde el punto de vista de la razón teórica, que es el propio de la economía neoclásica, el problema de coordinación de una multitud de decisiones individuales se tropieza de modo inevitable con la regresión a infinito: “lo que cada jugador piensa que el otro jugador piensa sobre lo que él piensa, y así hasta el infinito”. Introducir la hipótesis de un “conocimiento común”, tiene como objetivo evitar enfrentarse con ese problema, o darlo por resuelto.

Lo que poco a poco, por una vía o por otra, se ha venido a descubrir que los juegos son por esencia manifestación de la razón práctica, por lo que si se enfoca desde la teoría el resultado alcanzable es insignificante e insatisfactorio. Esto ha abierto una nueva línea de estudio empírico de juegos reales, que es la que han seguido autores como T. Schelling (1921-) y E. Ostrom (1933)

Según Shchelling la gente confía más en sus creencias, intuiciones e imaginación, que en métodos de cálculo aplicados a supuesto datos objetivos. Se guían por su experiencia de como funcionan las cosas en la vida diaria que ellos conocen. Confían en “su intuición” surgida y apoyada en la experiencia compartida, que nunca pueden hacer explícita de modo completo.

La coordinación de decisiones se intenta siempre apelando a ese trasfondo cultural común, que hace posible la acción humana. Supone tener confianza en los otros, saber que desean coordinarse, que respetan los compromisos y la palabra dada, que se preocupan de los otros, que se mueven por el deseo de ayudar y resolver problemas, etc. En otras palabras, la coordinación de decisiones es un problema muy sencillo de resolver en el plano de la práctica e irresoluble en el plano de la teoría.

Compartir un marco común de vida, hace posible que los jugadores puedan detectar un rasgo “notorio” -lo que Schelling ha llamado un “punto focal”- que permite una solución rápida y sencilla a problemas de coordinación que desde el punto de vista teórico son intratables. Se puede decir que la solución de un “juego” depende de la comprensión que cada uno tenga de sí mismo y de los demás, del sentido de su acción en cada circunstancia, de su modo de relacionarse con los demás.

Para Ostrom lo que hay que hacer es estudiar, mediante ejemplos de la vida real, como en pequeños grupos humanos a través de la vida en común se han ido desarrollando instituciones y reglas que regulan y refuerzan la mutua coordinación de decisiones.

Los juegos reales suponen la posesión conjunta de recursos, y los participantes se ven involucrado en una continua participación en los resultados. Esos dos rasgos son básicos, pues todo juego supone un interés común, unas reglas de juego que, con premios y castigos, aseguran la participación con vistas a la mejora común, que incluye la propia.

Lo que se detecta entonces es que lo importante en los juegos es el proceso de interacciones más que el resultado, que nunca es por sí mismo perfecto, sino que puede ir a mejor o a peor. No hay ni tragedias inevitables ni posibilidad de librarse de la responsabilidad moral de crear y sostener incentivos que faciliten el logro de una convivencia cada vez más sostenible. Lo que interesa son las reglas más que los resultados, pues sin que sean asumidas por todos como las más apropiadas, no hay ningún otro camino para lograr una coordinación de decisiones¹.

Esto tiene una implicación muy importante y es que la propiedad en común es de algún modo anterior a la propiedad particular, no porque la anule, sino porque la puede estructurar de un modo o de otro según se desenvuelva el proceso de coordinación. Se puede decir que los derechos de propiedad particular, son consecuencias de cómo se entiende la propiedad común: el desarrollo de las reglas e instituciones de coordinación. Esos derechos suponen reglas de acceso, extracción, gestión, exclusión y enajenación, que forman parte de la propiedad común, de las reglas de coordinación existentes en toda comunidad. No es posible establecer un reparto de propiedad a priori, para luego, en un segundo momento, llegar a una coordinación de decisiones. En realidad reparto y coordinación son las dos caras de un mismo proceso que se desarrollan mediante una vida en común, donde lo que priman no son valores utilitarios sino de justicia y bien común. Un proceso de coordinación que no puede ser llevado a cabo por decisión individual de un poder central, como sucede en los Estados modernos, ya que nunca puede llegar ese poder a conocer la situación concreta de cada uno, ni se dota a los participantes de incentivos para manifestar sus condiciones reales que son imprescindible para alcanzar una situación viable.

El orden social es por tanto resultado de un proceso histórico empírico y descentralizado de gobierno de las instituciones, que se desenvuelve siempre de acuerdo con unas predeterminadas elecciones colectivas sujetas a reglas constitucionales. En ese proceso se puede distinguir entre “reglas operativas” para los sucesos rutinarios, “reglas de elección colectiva”, para introducir cambios en las primeras cuando empiezan a ser poco eficientes, y “reglas constitucionales” a partir de las cuales se establecen las segundas. Se puede decir que el problema de coordinación es siempre local y crece de abajo arriba, lo que se demuestra por la ineficiencia de los intentos de coordinación centralizado para grandes grupos humanos.

Evolución y teoría de juegos

Los que a pesar de todo han insistido en resolver los problemas de coordinación de decisiones en el plano de la teoría, se propusieron introducir la dinámica de las decisiones humanas en la teoría matemática de juegos. Intentaron elaborar variantes del equilibrio de

¹ El término “coordinación de decisiones” es muy individualista y resulta inadecuado en este contexto, ya que no son los resultados los que determinan la coordinación sino al revés, que es lo que se quiere decir cuando se da primacía a las reglas sobre los resultados.

Nash, donde los individuos reaccionasen en función de las decisiones de los otros, dando lugar a interacciones secuenciales.

El instrumento más apropiado para llevar adelante este tipo de diseños sería el concepto de probabilidades *bayesiana*, ya que permite dar entrada a variaciones en la información que dispone cada individuo, la que condiciona su decisión. Sería posible construir secuencias de resultados, según los posibles cambios de conjeturas por parte de los jugadores. Una vez logrado esto, bastaría con demostrar que esas secuencias convergen a una situación de equilibrio, lo cual sería señal de un aumento continuo de la consistencia entre las decisiones de los jugadores.

En estos diseños los jugadores son racionales en sentido “nomológico” -siguen reglas fijas bien establecidas- de modo que encerrados en sí mismos son capaces, por sí solos, de formar planes consistentes. Es decir, con el fin de evitar la asimetría de información, propia de la subjetividad, se ha impuesto una “información común”, que hace a los jugadores indistinguibles. De este modo, todo ha quedado reducido a un juego de un solo jugador -el que hace el diseño y lo controla desde fuera- que juega contra él mismo.

El problema consiste en que se hace entonces imposible explicar cómo los individuos forman sus propias conjeturas, ni los motivos que pueden tener para revisarlas. Ante este cúmulo de dificultades, el intento de lograr modelos de juegos dinámicos matemáticos ha quedado prácticamente abandonado.

No obstante se ha seguido buscando otros modos de llegar al mismo objetivo. Una posible vía de solución vino de la aplicación de la teoría matemática de juegos a los procesos biológicos. Había permitido elaborar modelos que simulaban el comportamiento de los procesos evolutivos. A pesar de que estos procesos dependen del camino recorrido, por lo que están sujetos a contingencias imprevisibles, esos modelos muestran que convergen a una situación de equilibrio.

Si esto sucedía en procesos biológicos, donde los agentes carecen de racionalidad intencional, ¿no se podría aplicar también a los procesos de coordinación entre individuos humanos? Bastaría con relajar el supuesto de racionalidad intencional propia de los individuos humanos

Esta ha sido la línea de investigación que desde hace unos años ha venido desarrollando K. Binmore (1940-). Su objetivo ha consistido en modelar juegos de coordinación entre individuos humanos que no siguen una racionalidad intencional, sino que, como sucede en los procesos biológicos, se limitan a seguir una conducta no refleja de adaptación al medio. Una postura coherente con los principios de la nueva ciencia cognitiva.

Al copiar los modelos de los procesos biológicos de adaptación, que se guían por la observación empírica, Binmore tendría que haber abandonado la concepción abstracta del “conocimiento común”, pero no ha sido así, se ha limitado a relajar la hipótesis de la racionalidad intencional de los jugadores.

Eso ha llevado a Binmore a un lenguaje equívoco, por ejemplo, ha dado por supuesto que cada uno de los jugadores tendría su propia función de utilidad, que trataría de maximizar, pero no de modo intencional, sino de acuerdo con una hipótesis de “baja racionalidad”, o principio de adaptación pasiva al medio, que adquiriría por experiencia. Dando lugar a un nuevo y extraño modo de individualismo metodológico, que nada tendría que ver con decisiones racionales, sino con las frecuencias empíricas con la que las diferentes estrategias son “elegidas” por una población de jugadores.

Así como en biología evolucionista el ajuste al medio se mide por la variación en la tasa de descendientes, en esta versión evolucionista de la teoría de juegos, la adaptación se refleja en la variación en la frecuencia de elección de una determinada estrategia. Pero, al mismo tiempo, se considera que esa adaptación o mayor frecuencia se corresponde con el logro efectivo de la máxima “utilidad esperada”. Un planteamiento que nada tiene que ver con la teoría de la decisión racional.

Como un modo de proporcionar alguna justificación a este modo tan peculiar de entender la maximización de la utilidad, Binmore ha recurrido al concepto de *meme*, introducido por el biólogo británico R. Dawkins (1941-). Se trata de algo así como una regla de conducta que se genera por imitación o educación, que se supone determina algún aspecto de la conducta humana. De este modo, introducía una nueva versión del proceso de “selección natural”, según la cual los *memes* con más “éxito” serían aquellos que en el seno de la sociedad se reproducirían a una mayor tasa.

Desde el punto de vista de Binmore los supuestos individuos de “baja racionalidad” de su modelo, no serían otra cosa que “portadores” de *memes*. Con lo que, a fin de cuentas, el *meme* sería el único individuo realmente existente. Para un observador externo, los *memes* actuarían como si buscasen su propio interés, y con ese fin indujeran preferencias en los individuos que les impulsaran a adoptar conductas que les llevarían a la consistencia de los planes de todos ellos. En cualquier caso, este planteamiento no tiene ninguna base empírica, sino que se trata de un planteamiento tautológico. El *meme* no es en ningún caso una realidad empírica, sino una entidad abstracta, una simple hipótesis, algo que se sitúa en el mismo plano de los estados internos del psicologismo.

Queda pues de manifiesto que el proceso evolutivo al que se refiere Binmore no es empírico, y aunque en la exposición de sus ideas recurre a conceptos tales como imitación y aprendizaje, con los que trata de explicar cómo se replican los conceptos o ideas, en realidad nada tienen que ver con la experiencia, y muy poco con la biología. Al dar por supuesta la existencia de funciones de utilidad, y asumir una dinámica replicadora, se sitúa más allá de cualquier teoría evolucionista que tenga un mínimo de base empírica.

El hecho de que en el plano de la biología teórica se hayan alcanzado resultados muy similares a los alcanzados en la teoría de juegos, no era motivo suficiente para aplicar ese esquema al plano de la decisión racional humana. Ciertamente que también la racionalidad humana tiene que ver con procesos de adaptación y aprendizaje, pero no es menos cierto que también es bastante más complejo que lo que sucede en el plano de los procesos biológicos. Por otro lado, Binmore ha insistido en considerar el equilibrio como un concepto teórico previo,

algo que ni siquiera se plantea así en el campo de la biología. No se puede proceder tan alegremente a sustituir una conducta racional por un simple proceso de evolución, guiado por supuestas fuerzas no conscientes. Este modo de copiar la pura formalidad de los modelos de la biología matemática no es más que una disculpa para no enfrentarse con los severos límites de la teoría de juegos. Con el agravante de que no sólo no se recupera la subjetividad del individuo, sino que más bien se la disuelve en el mundo de pseudos conceptos biológicos.

Este tipo de enfoques dinámicos de la teoría de juegos pretende responder a la siguiente pregunta: ¿en una población de jugadores de “baja racionalidad” que interactúan repetidamente, podría, por “selección natural”, en función del éxito o fracaso, seleccionarse unas estrategias, que llevaran a un equilibrio estable? Para eso sería imprescindible algún tipo de dinámica que de modo asintótico condujese a un equilibrio de Nash, algo que no se puede asegurar, y que en principio resulta altamente improbable. Pero desde luego, lo que no se puede es trasladar lo que sucede en el ámbito de la biología, y más en concreto, en los modelos de la biología matemática, algo tan complejo como son los problemas de coordinación de acciones humanas.

Por lo pronto conviene recordar que en los modelos matemáticos de la biología, que tienen que ver con situaciones reales, son muchos los factores que necesariamente quedan fuera de esos modelos, y que sin embargo son muy importantes a la hora de explicar como en esas situaciones se llega a alcanzar efectivamente un equilibrio. Por contraste, en los modelos de la teoría de juegos, que son completamente abstractos, si además se insiste en que nada tienen que ver con lo empírico, entonces no hay nada que asegure un funcionamiento efectivo de la selección natural. No se puede olvidar que en tal caso se trata de entes matemáticos, que ni siquiera en sentido figurado se puede decir que luchan por la supervivencia.

Desde luego tiene mucho más sentido el enfoque evolutivo empírico de la teoría de juegos, planteado por Thomas Schelling, que se apoya en el concepto de “notoriedad”, “relevancia”, o “punto focal”, y que remite a un trasfondo cultural e histórico compartido. Lo que es destacable para un ser humano es en gran parte resultado de su particular experiencia social, de una forma de vida en común.

Cada uno logra coordinarse con los demás porque sabe que los demás quieren coordinarse con él. Luego hay entre ellos una “especularidad” estabilizadora, donde la imaginación es más importante que la lógica, cada uno trata de buscar lo que hay de común en sus modos de hacer y pensar que le llevarán a la misma solución, al mismo lugar de encuentro. Algo que tiene que ver con una historia común, que se apoya tanto en la poesía, el humor, los símbolos, la fantasía, como en la lógica, pero muy poco en el cálculo.

Ahora bien, el enfoque de Schelling no ha sido muy bien acogido porque su concepto de “relevancia” o “punto focal” se ha mostrado teóricamente intratable, sobre todo si se pretende evitar a toda costa el método empírico, y prescindir de la dimensión histórica y cultural de los procesos humanos de decisión. En lo que se refiere a la conducta humana, la determinación de los principios relevantes, ya sea el concepto de éxito, o de los criterios estratégicos a seguir, no pueden ser establecidos por medios puramente analíticos, a partir de unas consideraciones a

priori. Sólo son posibles en el seno de prácticas, en comunidades donde se lleva adelante un determinado modo de vida.

Todo parece indicar que el enfoque puramente teórico del individualismo metodológico no es aplicable a la economía, y que la racionalidad humana es más relacional y práctica, que simplemente mental y abstracta. Es muy difícil resolver problemas de coordinación si se parte del supuesto de una colección de individuos aislados, cerrados sobre sí mismos. La coordinación no es estrictamente un resultado sino algo que está de algún modo en la propia constitución del individuo, en unas tendencias, que para llegar a su plenitud necesitan del apoyo de las organizaciones e instituciones adecuadas. En otras palabras, no hay posibilidad de vida en común, se llame equilibrio o coordinación de planes, sin un trasfondo, una realidad no totalmente expresable ni abarcable, que permite dar unidad y sentido a todas las cosas, y supera y desborda la pura agregación de supuestas racionalidades individuales.

Ni siquiera en la biología se estudian unidades aisladas, sino tejidos y órganos, organismos inseparables de sus medios, de tal modo que los cambios sólo son observables en una totalidad organizada y jerarquizada. Por eso, tanto la biología matemática, como la selección natural de Darwin, lo que estudian es dinámica de grupos, donde no sólo hay competencia, sino también cooperación, es decir, una racionalidad “corporalizada” y abierta a la interacción de otros planes y diseños. Se trata de algo así como de “multiagentes”, incorporados en estructuras y jerarquías. No está clara la idea de eficiencia en el seno de espacios de relaciones y no de puntos.

Hacia una superación de la racionalidad estática

La irreversibilidad del proceso económico

El individualismo metodológico pretende disipar la “bruma epistemológica” de lo social, hacer posible una “transparencia”, que cada individuo vea “toda la realidad social”, sin salir de sí mismo. ¿Es eso posible?

Un individuo es racional si ve lo mismo que ve el otro, si sabe lo que ese otro hará en cada momento, de modo que sean intercambiables. Se hace posible entonces un juego de espejos, donde se reflejan uno al otro, una “especularidad” sin límites que acabe por dar lugar a un “conocimiento común”, información objetiva perfecta y completa, que acabe con la opacidad y exterioridad que representa la subjetividad del otro.

El problema de ese modo de entender la racionalidad es que no explica la discontinuidad como se salva el abismo entre “especularidad” -proceso a infinito- y “conocimiento común” -estado finito y estable-.

El “conocimiento común” hace imposible la interacción y la cooperación, con lo que el mismo hecho de la sociedad se hace problemático.

Se hace necesaria una cierta opacidad –otro modo de entender la racionalidad- para que la sociedad sea posible y tenga sentido. Pero entonces, la cooperación se hace posible, pero el

resultado imprevisible e inestable, que es lo que se trataba de evitar mediante la introducción de la racionalidad especular a infinito. Pretender una transparencia total de lo social, implica contradicción, para llegar a “ver” se necesita de algún tipo de opacidad. Se requiere un orden externo no totalmente opaco, que posibilite el conocimiento común objetivo. En caso contrario, solo habría el vacío de un pensar sin término, que desencadena la crisis, la pérdida de identidad del propio sujeto pensante.

Si la racionalidad especular a infinito fuera posible, la misma colectividad tendría que tener condición de sujeto cognoscente, con lo que se llegaría a la apoteosis del individualismo metodológico, lo colectivo sería transparente para los individuos, pero, paradójicamente, lo colectivo estaría dotado de subjetividad, solo existiría un individuo y un sujeto: el colectivo.

La necesidad de una cierta opacidad de lo social explica que desde sus inicios se haya introducido en forma de “equilibrio”. Un modo de poner término a la especularidad a infinito, de dar lugar a una representación “ultraestable” de la sociedad, de asegurar el salto a un “conocimiento común”.

En el modelo de equilibrio general de Walras, por ejemplo, es la figura del “subastador” la que se encarga de asegurar esa “ultraestabilidad” de la circulación entre lo individual y lo colectivo, sólo él dispone de la “visión” del orden y estabilidad ya realizado, sólo él es capaz de situarse de golpe en un estado de coordinación, en una situación definitiva de equilibrio y estabilidad. Los precios de equilibrio, se suponen surgidos de las decisiones de los individuos, pero a través de un procedimiento opaco, el que lleva a cabo el “subastador”. Para Walras, sólo esa “máquina social”, externa y opaca, inaccesible a toda inteligencia y a toda práctica, garantiza la libertad de los individuos y la justicia de la sociedad.

La inherente inestabilidad de la circularidad entre lo individual y lo colectivo hace que la idea de un equilibrio “ultraestable” sea altamente improbable. Es muy raro que se llegue a producir ese tipo de equilibrio y mucho menos que sea único y estable. Todas las condiciones de equilibrio “ultraestable” suponen la imposición de un teorema de “punto fijo”, sustituir el tiempo histórico, que es irreversible, por el tiempo lógico, que nada tiene que ver con la irrepetibilidad de la acción humana.

Se impone la condición ergódica, que asegura la “ultraestabilidad” del equilibrio, la independencia respecto de las condiciones iniciales. Al eliminar la dependencia del equilibrio respecto del camino recorrido, se pueden prescindir de los condicionamientos que el transcurso del tiempo histórico iría poniendo a las decisiones de los individuos. Se hace entonces posible aplicar el método de la física matemática. La economía abandona el plano de la historia para situarse en el plano de la física.

Con la imposición de la condición ergódica la dinámica de la economía se hace exógena o inexplicable, queda roto el puente que podría conectar el logro del equilibrio con las decisiones de los individuos. A partir de ese momento la conducta de los individuos pasa a ser reactiva y pasiva.

También cuando se define el equilibrio como un proceso estocástico estacionario, se está imponiendo que los promedios estadísticos sean los mismos en cada instante de tiempo, que es la esencia misma de un mundo ergódico.

Convertida en mundo ergódico, la economía queda sometida a un principio de conservación del valor, de tal modo que en su interior sólo puede haber intercambio entre equivalentes. Queda reducida a un sistema que necesariamente tiende a un equilibrio único. Se la supone constituida por “datos naturales” interpretados sin ambigüedad por parte de los individuos, sin necesidad de construirlos ni interpretarlos. Unos “datos naturales” o “conocimiento común” que lleva a los individuos a coordinarse de modo necesario e inevitable. Algo patente en el modelo de Arrow-Debreu, donde se impone una nomenclatura de “bienes”, una nomenclatura de los “estados del mundo” y un “subastador” o formador de precios.

Aprendizaje en común

En las últimas décadas del siglo pasado se ha desarrollado con fuerza un nuevo enfoque de la economía que no pretende estabilizar la opacidad de lo social mediante una condición ergódica, sino que considera que el tiempo histórico, con su intrínseca incertidumbre e irreversibilidad, resulta imprescindible para explicar la génesis del orden y estabilidad de lo social.

No supone un rechazo del concepto de equilibrio, sino un nuevo modo de entenderlo. No se le considera de un “punto fijo”, sino abierto a la inestabilidad de una circularidad incesante, no radicalmente inestable. Se trata de explicar como se genera y cambia, dentro de la historia, el “conocimiento común” que en cada momento hace posible la estabilidad de cada sociedad.

No pretende un diseño matemático “ultraestable” del equilibrio, sino describir como funciona el proceso de socialización. Nadie puede “verlo” completamente ya que lo impide la continua circularidad entre lo individual y lo colectivo. Estudiar la reconfiguración de las convenciones que dan lugar a lo social, la génesis de la regularidad de comportamientos que hacen posible la coordinación de decisiones de los individuos.

Desde este punto de vista es muy importante el estudio de la circularidad entre la conducta del individuo y el “conocimiento común”, donde reside el núcleo del concepto de racionalidad. No hay sino un contexto de socialización, sin referencia a una convención, resultado de las conductas imitativas de los individuos.

En los enfoques walrasianos, donde se impone la condición ergódica, la economía queda reducida esquema C-M-C, donde la “fiscalización” de los bienes C, determina la objetividad de los precios, y fijan la estabilidad de las conductas de los individuos. La dinámica de los intercambios -representada por la moneda M- se convierte en algo irrelevante o “neutral”, que bajo ningún concepto puede afectar a la “ultraestabilidad” impuesta.

En los enfoques no walrasianos, la economía se corresponde con el esquema M-C-M, donde moneda M, que representa la dinámica circular de los intercambios, la que lleva a la

coordinación de las decisiones, de ningún modo es “neutral”, sino que la producción de bienes C, depende del comportamiento siempre inestable de esa dinámica.

Un equilibrio económico no ultraestable es por tanto una convención, algo que no puede ser resuelto a priori en el plano de la teoría, sino que se resuelve en el plano de la práctica. Supone partir de un mundo común, donde hay referencias destacables para todos, formadas entre todos, que son las que permiten la coordinación de decisiones. Sin la estabilidad de esas referencias, sin su interpretación en común, los individuos se perderían en los espejos que les ofrecen los otros, sin posibilidad de coordinación alguna.

Ser racional supone reconocer la ignorancia, no saber que desear, estar sometido a tendencias, tener preferencias fluctuantes e indeterminadas, buscar en la conducta de los otros referencias de conducta a seguir. Algo muy distinto al individualismo metodológico que supone que, por un acto de pura soberanía interior, cada individuo sabe que decisión tomar.

No cabe un equilibrio “ultraestable” ya que los individuos no disponen de un modelo de conducta fijo y definitivo, sino que están siempre en un proceso de orientación, que puede llevar a una mayor o menor estabilidad de las conductas.

La mediación entre los individuos no la impone desde fuera la objetividad de los bienes, o de los estados del mundo, sino la formación de un “lenguaje común” que se desarrolla en el tiempo histórico, que se manifiesta en la convención existente en cada momento y circunstancia histórica.

El modelo de conducta no es impuesto desde fuera bajo la forma de un “conocimiento común” tipo “punto fijo”, que impide la interacción entre los individuos y la sociedad. Las preferencias de los individuos no se consideran fijas y exógenas. Se trata de algo endógeno, surgido de la continua interacción entre los individuos, como partes de la sociedad.

En un mundo no ergódico, regido por el deseo mimético, cabe el peligro de que se desarrollen crisis, desatadas por una dinámica patológica, donde la concentración de los deseos sobre un mismo bien empieza a crecer en intensidad, por el mismo hecho de que todos lo desean. No se ha impuesto una “justicia naturalizada” que anule la posibilidad de ese mimetismo patológico, no se puede asegurar que los precios se formen por igualdad entre una oferta y una demanda perfectamente determinadas.

Si se acepta que cada individuo actúa como mediación del otro, es inevitable dar entrada a una dimensión agonística en la convivencia, a la que es necesario poner límite, pues en caso contrario se hace muy difícil que pueda surgir un orden social estable. ¿Cómo se puede lograr?

Lo primero que conviene tener en cuenta es que el orden de la sociedad es resultado de una convención, de unas reglas compartidas, siempre provisionales, que por ser fruto del tiempo, pueden hacerse más o menos estables. Se trata por tanto de un objeto colectivo, apoyado en creencias y costumbres, que resulta opaco para los individuos, por lo que bloquea su especularidad a infinito. Su estabilidad depende de la idea *humeana* de que en la sociedad todo

seguirá como hasta ahora, siempre que no surjan razones para proceder a un cambio en lo que se venía haciendo.

En la génesis de la convención desempeña un importante papel la imitación agonística, un proceso que de ningún modo puede ser reducido a un sistema de deducción lógica. Todo va bien, permanecerá en la estabilidad legitimada, si se cumplen las perspectivas habituales, las que son aceptadas por la mayoría. Sólo habrá que cambiar si surge algo inesperado, que obligue a revisar la creencia compartida hasta entonces, en las que se fundan las conductas socialmente aceptadas, e imitadas hasta entonces. La convención es por tanto una regularidad surgida de las mismas interacciones sociales, pero que se presenta a los actores bajo forma de objetividad, como algo exteriorizado y legitimado. ¿Cómo puede entonces funcionar la sociedad si depende en último término de conductas inseguras interdependientes y fluctuantes, que en cualquier momento puede desatar una crisis mimética?

Cada convención supone una determinada división del trabajo, un modo de organización social, una posibilidad de llevar adelante proyectos propios y comunes que dependen de las conductas y los comportamientos de los demás. Se trata de estudiar como se logra a través de la moneda.

El mejor modo de entender la naturaleza de la moneda es viendo lo que sucede en las crisis monetarias. Se trata de situaciones de incertidumbre radical, cuando las gentes no saben cuál es la necesidad común, que modelo de conducta deben seguir. Cada uno trata entonces de encontrar por prueba y error un sustituto a la desaparecida moneda, un nuevo signo que exprese la necesidad común, que sea aceptado por una mayoría cada vez más amplia. Guiados por la adopción mimética es muy probable que se llegue muy pronto a la unanimidad en la elección del objeto o del signo que pase a ser la nueva expresión legítima del valor abstracto.

La moneda es por tanto una forma de lenguaje, un lazo constitucional construido entre todos, que permite superar las situaciones de fractura de la sociedad en pequeños grupos, con sus propios lenguajes privados. Establece la diferencia y el orden, mediante la distinción esencial entre moneda y mercancías. Se entiende que sea precisamente su condición de unidad de cuenta, la que expresa más adecuadamente la dimensión integradora y ordenadora de la moneda. En cualquier caso la moneda no suprime las rivalidades, sino que se apoya en la unanimidad del deseo que ella misma suscita, para crear las condiciones que hacen posible su papel de mediadora en ese equilibrio provisional, siempre amenazado, que es el entramado de convenciones en que se apoya cada sociedad.

Este nuevo enfoque de la economía presta especial atención a la formación del valor, expresión de lo social, entramado de relaciones entre los individuos, que depende del tiempo histórico, algo necesariamente opaco y externo, dependiente del camino recorrido. Desde el punto de vista metodológico este nuevo enfoque no admite un único modelo de coordinación de decisiones, sino que son posibles modelos *ad hoc*, representaciones aproximadas de la opacidad de lo social presente en cada momento y circunstancia. Modelos que son inseparables de expresiones ideológicas, de modos de entender el desarrollo de la historia o de la acción humana. Obligan a tener en cuenta el conjunto de creencias compartidas, insertas en las instituciones, desarrolladas a lo largo del tiempo, ancladas en la realidad, que hacen posibles los

distintos tipos de convenciones que permiten la relativa coordinación de decisiones que se dan en el seno de toda sociedad.

Hemos calificado los nuevos enfoques de postwalrasianos, en el sentido de que parten de una idea de equilibrio como convención, no “ultraestable”. Pero puesto que son muchos los modos de entender la formación o génesis de las convenciones, cabe distinguir entre los “post keynesianos”, los “neo austríacos”, o los “institucionalistas”, por solo citar unos pocos. En cualquier caso, es manifiesto que la superación del estrecho marco del mundo walrasiano ha llevado a una evidente fractura del modo de enfocar el modo de estudiar el fenómeno económico que esperamos continúe enriqueciendo el estudio de esta dimensión tan importante de la acción humana que es el fenómeno económico.

Bibliografía.

Bergh, Jeroren C. J. M. van den. Gowdy, John M. *The microfoundations of macroeconomics: an evolutionary perspective*. Cambridge Journal of Economics. 2003; (27):65-84.

Boehm, Stephan. *The Ramifications of John Searle's social philosophy in economics*. Journal of Economic Methodology. 2002; 9(1):1-10.

Cartwright, Nancy. *The Dappled World. A Study of the Boundaries of Science*. Cambridge: Cambridge University Press; 1999.

Cartwright, Nancy. *Nature's capacities and their measurements*. Oxford: Clarendon Press; 1989.

Davis, John B. *The Theory of the Individual in Economics. Identity and value*. London: Routledge; 2003.

Davis, John B. *New Keynesians, post keynesian and history*. En Rotheim, Roy J., editor. *New Keynesian economics post keynesian alternatives*. Routledge; 1997.

De Vroey, Michael. *Did the market-clearing Postulate Pre-exist New Classical Economics? The Case of Marshallian Theory*. Manchester School (14636786). 2007. 75(3):328-348

Dreyfus, Hubert L. *What Computers Can't Do. A Critique of Artificial Intelligence*. Cambridge MA. MIT press; 1972.

Dupuy, Jean Pierre. *Convention et Common Knowledge*. Revue Economique. 1989. 40(2):361-400

Eichner, A. S. Kregel, Jan A. *An essay on post keynesian theory: A new paradigm in economics*. Journal of Economic Literature. 1975. 13(4):1293-1313

Greenwald, Bruce. Stiglitz, Joseph. *New and Old Keynesians*. Journal of Economic Perspectives. 1993; 7(1):23-44.

King, J. E. *A history of post keynesian economics since 1936*. London. Edward Elgar. 2002

Mankiw, N. G. *The Macroeconomist as Scientist and Engineer*. Cambridge Ma: Harvard; 2006.

Maynard Smith, John. *Evolution and the Theory of Games*. Cambridge: Cambridge University Press; 1982.

Orlean, André. *Analyse économique des conventions*. Paris.Press Universitaire de France. 2004

Ross, Don. *Economic Theory and Cognitive Science. Microexplantation*. Cambridge MA: MIT Press; 2005.

Rotheim, Roy J. *New Keynesian Economics. Post Keynesian Alternatives*. London: Routledge. 1997.

Searle, John R. *Rationality in action*. Cambridge: MIT press; 2001.

Schelling, Thomas. *Micromotives and macrobehavior*. New York: Norton; 1978.

Schelling, Thomas *The Strategy of conflict*. Cambridge: Harvard University Press; 1980.

Sent, Esther-Mirjan. *Behavioral Economics: How Psychology Made Its (Limited) Way Back Into Economics*. History of Political Thought. 2004; 36(4):375-760.

Sims, Christopher A. *Macroeconomics and reality*. Econometrica. 1980; 48(1):1-48.

Sugden, Robert. *Liberty, preference, and Choice*. Economics and Philosophy. 1985; 1:213-229.

Sugden, Robert. *Rational Choice: A survey of contribution from economic and philosophy*. The Economic Journal. 1991; 101(407):751-785.

Sugden, Robert. *Ken Binmore's evolutionary social theory*. The Economic Journal. 2001; (111):F213-F243.

Sugden, Robert. Zamarron, Ignacio E. *Finding the key: the riddle of focal points*. Norwich : East Anglia; 2006.

Turing, Alain. *Computing Machinery and Intelligence*. Mind. 1950; 59:433-460.

Velupillai, K Vela. *Algorithmic foundations of computable general equilibrium theory*. Applied Mathematics and Computation. 2006; (179):360-389.

Velupillai, K Vela. *Variations on the Theme of Coinning in Mathematica Economics*. Journal of Economic Surveys. 2007; 21(3):466-505.

Vercelli Alessandro. *Methodological Foundations of Macroeconomics: Keynes and Lucas*. Cambridge: Cambridge University Press; 1991.

Young, Warren. Darity, William. *The Early History of Rational and Implicit Expectations*. History of Political Economy. 2001; 33(4):774-813.